

Crónicas de una lengua que se construye

Fernando Ramírez*

Aprender una lengua significa mucho más que estructuras gramaticales, tiempos verbales, sustantivos y todos los elementos que la componen. Es aprender a mirar de un modo distinto la relación con el mundo y con los semejantes. Detrás de cada lengua hay un mundo, una filosofía, una cosmovisión. En México sobreviven 68 lenguas originarias, con 364 variantes, en muchos casos con muy pocos hablantes, por lo que muchas se encuentran en peligro de desaparecer. De todas ellas, la mayoría basan su transmisión en la oralidad.

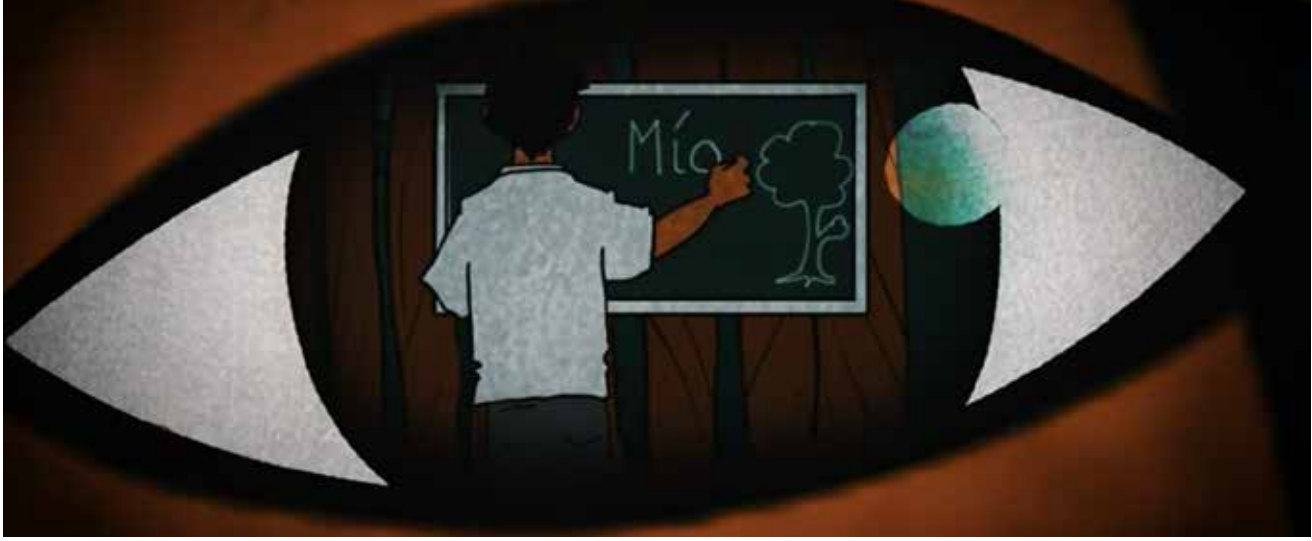
Nací y crecí en un ambiente urbano, en Iztapalapa, Ciudad de México, porque mis padres migraron, desde hace muchos años a la capital del país. Esa fue una de

las razones por lo cual no aprendí la lengua, lo que sí aprendí fueron muchas otras cosas heredadas de las pláticas familiares, como las costumbres y valores, y con ello, la explicación de por qué no habían aprendido la lengua, señalando que se había perdido desde hacía varias generaciones en la comunidad *Ngiwa* (chocholteca), de donde son mis orígenes y de la que deseo hablar.

Lo primero que deseo compartirles es que en el año 2015, me enteré que el maestro Aristeo empezó a desarrollar un taller, para enseñar esa lengua que les fue negada a mis padres, por lo que decidí aventurarme para aprenderla. Ya llevo cinco años acudiendo a su clase, en la que nos enseña un poco de vocabulario, los sonidos y las imágenes que representan. Además de eso, y para reforzar las cosas que aprendemos, nos cuenta una leyenda o una anécdota, referente a la forma en que se vivía anteriormente en el pueblo.

Algunas cosas ya las conocía, porque se comentaban en mi familia por tradición oral, pero otras no. Quiero hacer énfasis en un punto importante para la vida en

1. Ha participado, como voluntario, en proyectos educativos para la enseñanza de la historia a través de la música, que ha sido motivo para buscar la innovación de la enseñanza de las Relaciones Internacionales, a través de la teoría de inteligencias múltiples. Interesado en la difusión y promoción de la cultura mexicana, a través de sus diversas modalidades, buscando preservar el idioma *Ngiwa* (chocholteca), una de las 11 lenguas originarias del estado de Oaxaca, de donde vienen sus raíces.



comunidad, que se sigue practicando en casi todos los pueblos de Oaxaca: el “tequio”, también conocido como “gueza” o “llesa”, que consiste en una forma de trabajo comunitario y voluntario, para el bien común del pueblo o la localidad. Esa costumbre es parte de la educación extraescolar, que todos los oaxaqueños llevan como una segunda piel y que les ha permitido la cohesión social.

A mí me tocó experimentarlo de primera mano, en un viaje que hice a Oaxaca. Como siempre me ha gustado tomar fotos, esa vez no fue la excepción, así que acompañé a varios señores y jóvenes del pueblo a recoger leña. Íba con mi cámara tomando fotos del paisaje. Cuando hicimos una parada para descansar, aproveché para tomar algunas fotos más, pero cuando estábamos a punto de reanudar la marcha, uno de ellos me dijo: “échanos la mano”, a lo cual yo me incorporé de inmediato.

Recordé, entonces, las pláticas de mi familia, en la colonia San Miguel Teotongo, enclavada en la Sierra de Santa Catarina, en Iztapalapa. Esta colonia fue fundada por grupos de migrantes de varias entidades, entre ellos muchos oaxaqueños, como en el caso de mi familia, de chocholtecos. Las anécdotas que contaban, siempre hacían referencia al trabajo comunitario y también a la manera como se fue construyendo la colonia, cuando se empezaron a cavar hoyos para meter el drenaje, la limpieza de los caminos, la construcción de las escuelas.

Mientras recordaba esas anécdotas, seguíamos acarreado leña hacia el camión, hasta terminar empapado en sudor. Trabajamos como si fuéramos hormiguitas: uno tras otro, cortando y cargando leña, todos trabajando por un solo objetivo: el bien común. Mi calidad de

“citadino” no me daba ningún privilegio, aunque sólo hubiera ido a tomar fotos. A pesar del cansancio y haber sudado como nunca, disfruté mucho esa experiencia.

Mas tarde nos sentamos a la sombra de un árbol a comer. No recuerdo bien las pláticas que tuvimos en ese momento, pero sí el ánimo de la gente, sus sonrisas, sus expresiones de felicidad, por haber logrado el objetivo. Después de ese ligero descanso, nuevamente ¡a darle!, hasta llegar a Concepción Buenavista, el pueblo de donde partimos. Llegando a la Casa del Pueblo, empezamos a descargar y acomodar la leña.

Pero todo este recuento ¿qué tiene que ver con la lengua y la educación? Simplemente que la educación en las comunidades no se reduce a las aulas, y de esa manera entiendo cuando el maestro Aristeo nos dice cómo se nombra ese trabajo comunitario en la lengua *Ngiwa* (Chocholteco): *xragutse*.

El trabajo comunitario, no es privativo de las comunidades de México, también las podemos encontrar en varias partes de América, nombrada *Minga* en el Perú o Ecuador por ejemplo. Se trata de una realidad palpable, que sigue siendo parte de nuestras costumbres en Oaxaca y de infinidad de migrantes oaxaqueños que han poblado otras partes de México y del mundo.

Ésta misma actividad comunitaria se refuerza con otra, el sistema de cargos. Para poder ser presidente municipal, se requiere pasar por un escalafón de topil, sindico regidor, entre otros y hasta entonces, puede ser asirante a presidente municipal. Es obligación, de todo ciudadano, pasar por un cargo, y desempeñarlo a cabalidad, porque está de por medio su palabra y su honorabilidad. Debe cumplir ese encargo sin recibir



retribución alguna, al tratarse de contribuir a un bien común.

Otro requisito indispensable es que toda autoridad debe de saber hablar, tener el don de la palabra, ejercerla; pero también debe saber callar, escuchar, dirigirse a los demás. Debe conocer la historia del pueblo, para poder hacerse respetar y respetar las leyes, aunque existen las leyes escritas pesa por mucho más la palabra la honorabilidad y la oralidad.

Eso es algo que se trajeron los migrantes oaxaqueños. Por eso desde niño se nos enseña a cumplir la palabra, nos dicen frases como: “si dijiste algo, cúmplelo, si no puedes, mejor no abras la boca”. Más allá de la frase misma, se encuentra la carga energética de la voz de nuestros mayores, para que se hagan compromiso con el otro, consigo mismo.

La forma que nos enseñaron a ver el mundo desde el seno familiar, se ve reforzada con las enseñanzas de la voz del maestro Aristeo, quien migró siendo joven. Con todo y eso pudo desempeñar varios cargos para beneficio de su pueblo, San Miguel Tulancingo, Oaxaca, como la restauración de la iglesia.

Algunas veces, cuando estamos en clase, el maestro Aristeo, dice la siguiente frase en lengua *Ngiwa*: “*Rxu Táa*”. Acto seguido empieza a explicar: “*Rxu Táa*, es para designar a la gente que se considera grande por estatura, por su inteligencia y por sus obras, pero sin arraigo y sin compromiso social. Anteriormente los cargos más importantes los ocupaba la gente de mayor respeto. El *Rxu Táa* puede ser un estudiante que, de acuerdo con sus estudios, llegar a ser profesor, a ser maestro, pero sin arraigo en la comunidad, por lo que sus enseñanzas

nada tienen que ver con las cosas, las costumbres y los procesos que se viven en la comunidad. Contrario a eso, yo no estudie, yo tengo la escuela de la vida, pero he procurado rescatar la lengua que se basa en los usos, las costumbres y una cosmovisión, basada en el respeto con la naturaleza y la relación que tenemos con los planetas que nos rodean.

En las costumbres y tradiciones se desenvuelve una forma de vida, de visión del mundo, donde se trabaja por el bien común, por la comunidad.

El aprendizaje de una lengua es una experiencia que cobra vida, que resignifica nuestra concepción del mundo, da pertenencia y construye colectividad. Porque cada palabra tiene una carga, sugiere la apertura de nuestros sentidos, representa trabajo, ese que busca cuidar del otro en comunidad, ese trabajo que genera saberes y se realiza con respeto a la naturaleza, a quien le debemos nuestro sustento y de donde se sustenta y desarrolla la lengua que trato de aprender, muy lejos de la tierra donde nacieron mis padres.

Si queremos abonar a la transformación de esta realidad, construyamos colectividad, generemos pertenencia, especialmente en los entornos urbanos, compuestos por migrantes que en la ciudad o se olvidan de su raíz o luchan por preservarla. Recuperar nuestras lenguas originarias y enseñar a nuevas generaciones, no sólo es un acto de transformación, sino también un acto de amor. Necesitamos construir desde abajo, desde los pueblos y barrios, y exigir que la educación que nuestros niños y niñas reciban, sea una educación transformadora, con pertenencia cultural, y eso pasa, sólo si comprendemos su entorno.